

que tengáis para con ellos; os obedecen sólo en cuanto y por cuanto os mostráis ser sus amos.»

«No os dejéis descarriar», añade poco después (iii. 40), «por los tres más mortales enemigos del Imperio: La Compasión, los Sentimientos elocuentes y la natural Generosidad de los Fuertes!»

¡Qué cambio! Cambio que el común de las gentes de ánimo bajo no hay duda que aceptaban como inevitable, y aún como cosa corriente; cambio sobre el que los hombres que sólo eran vivos y prácticos insistían; cambio, en fin, que deleitaba a los más brutalmente «patriotas». ¡Estos, ni habían amado ni comprendido los viejos ideales!

Hay grandes cambios políticos que pueden efectuarse sin que afecten en gran cosa la vida privada de los hombres. Pero este cambio en Grecia fué como maldición agostadora que influyó maléficamente en la conducta cotidiana y en las raíces mismas del carácter individual. Tucídides, en lo que escribió después de terminada la guerra, tiene dos capítulos célebres y terribles (iii. 82-83), sobre ese aspecto del problema. No hay palabra suya que no venga al caso de lo que presentamos, pero podemos contentarnos con espigar aquí y allá una que otra frase.

«En tiempo de paz,» dice, «y de prosperidad, los Estados y los individuos están libres para actuar conforme a motivos elevados. No se hallan atrapados en redes de circunstancias que los obligan sin consultar su voluntad. Pero la Guerra, al robarnos el sosiego de la vida diaria, es maestra que educa por método de violencia; y hace que el carácter de los hombres se ajuste a las condiciones existentes...»

Los últimos actores de la guerra «tomaron la determinación de sobrepasar a quienes los habían precedido, en la ingeniosidad de sus empresas y en la enormidad de sus venganzas...» Cambió, nos dice, el significado o valor de las palabras en relación con las cosas. La cordura, la prudencia, la moderación, la generosidad, eran virtudes despreciadas; se apreciaba la osadía, la sagacidad descarada. «La verdadera cualidad del hombre era la energía sin tregua...»

«Ni a uno ni a otro bando le importaba la religión, pero ambos la empleaban con entusiasmo como pretexto para diversos propósitos odiosos...»

«La causa de todos estos males era la codicia del Imperio, que tenía su origen en la avaricia y la ambición, y en el espíritu partidista que engendran las circunstancias cuando los hombres se meten de lleno a hacerse competencia.»

«Así fué cómo la Revolución dió a luz toda especie de maldad en la Hélada. La sencillez, que es tan gran parte de toda naturaleza noble, era cosa puesta en ridículo y arrojada a risotadas fuera del mundo. En todas partes prevalecía una actitud de antagonismo desconfiado. No había poder que lo suavizara, no había congruencia de razón que se impusiera, ni valían los lazos de una religión común...» «Los de carácter más bajo lograban los mejores éxitos. Los hombres

superiores eran demasiado cuerdos, y se les hizo a un lado.»

Hombres cogidos en las redes de las circunstancias y obligados sin consultarse su voluntad; empresas ingeniosas, venganzas enormes, ambición desenfrenada, desconfianza, energía sin tregua, el abuso de la religión, la sencillez echada a risotadas fuera del mundo: El cuadro es terrible, y corresponde exactamente al que nos pinta Eurípides en sus últimas tragedias. Todos estos dramas, como con agudeza crítica ha dicho el Dr. Verrall, tienen un aire extraordinario de referirse a la actualidad que no a cosas del pasado; de tratar de cosas palpables, que no inventadas o soñadas. Tal es el espíritu que las informa. Hay obras en las que alienta la desesperación, como *Las troyanas*; que son cínicas, como el *Ión*: deliberadamente odiosas como la *Electra*; llenas de locura y de fiereza, como el *Orestes*; casi todas son violentas; casi todas misantrópicas. En medio a su fuerza y su belleza, ulula a ratos el grito de nervios tilintes a punto de reventar, la nota desconcertada de una furia contra algo que el poeta detesta personalmente y que no siempre encaja en la trama del drama. Sus propios esplendores, los versos que el lector recuerda más vivamente, con frecuencia expresan algún vicio. Hay análisis y autorevelaciones, como el famoso exabrupto de Eteocles, el príncipe usurpador en *Las fenicias*:

Estos conceptos que celebras tanto, lo Igual, lo Justo, la Bondad, lo Santo, no los hallé jamás entre los hombres: ¡Cosas no son con vida, sino nombres! Madre, te he de mostrar las fuentes vivas que de adentro me brotan: Las altivas ansias que siento de romper las barras que me vedan el Cielo y las amarras que me atan a la Tierra y me aprisionan: ¡Quiero librè volar adonde entonan las estrellas su canto, o sepultarme

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Que no se nos mezcle y se nos confunda...

(Viene de la página 124)

depositado su confianza, primero en el General Dawes y, más tarde, en Mr. Young. Los puntos de vista de estos representantes del mayor de los interesados, fueron discutidos por los expertos de cada uno de los países europeos, sin que ninguno de los asociados sintiera resquemores de orgullo, ni menos dudara de la buena fé de los expertos yanquis.

Las relaciones de orden comercial y económico se intensifican cada día que pasa entre Colombia y los Estados Unidos. La primera adeuda a prestamistas neoyorquinos 300 millones de pesos; los Estados Unidos son los principales consumidores del café colombiano, única grande industria de exportación con que cuenta el país; los ciudadanos de la Unión tienen empleados fuertes capitales en la explotación de nuestros petróleos; en pocas palabras: nuestra economía depende en parte principalísima de los mercados de la Imperial República, como

en el fondo del mar, y allí abrazarme en infinito abrazo de alegría a mi única deidad: Soberanía,— mi Voluntad, amada por quien muero de intenso amor: El solo bien que quiero; que a nadie he de ceder!

Hay destellos de odio cruel, como las primeras palabras del viejo Tyndareo a Orestes sentenciado y agónico, cuya presencia Menelao anuncia con estas palabras:

¿Quién espectral como la tumba llega?

TYNDAREO

¡Ay, Dios! ¡La sierpe vil, la que se anega en sangre de su madre, está silbando en el portal, y el brillo destilando de maldición que lleva en sus facciones: El solo verle da retortijones. ¿Mancharás, Menelao, tu alma pura por conversar con la soez criatura?

Sobre todo, hay lo que no me aventuraré a citar, el famosa «pathos» euripidiano, la visión de la crueldad que anida en el fondo de todo sufrimiento; la debilidad y la sensibilidad de los seres que se destrozan unos a otros; la compasión a que mueve la malignidad de las cosas, y que casi las hace amables. Este es un rasgo del mundo de Eurípides que no hallamos en el que Tucídides pinta. El historiador, austero y reservado, rara vez nos habla de los sufrimientos de los hombres; el poeta trágico no nos los aparta nunca de los ojos.

Creo que generalmente se reconoce este devenir más y más amargo y exacerbado del estilo de Eurípides, que hallamos al comparar sus primeras con sus últimas tragedias. Escogeré como ejemplo de ello una escena de la *Hécuba*, tragedia de un año temprano en su carrera dramática, pero, en espíritu y en tono, la con que se inicia la serie de sus amargas tragedias posteriores.

depende, guardadas las proporciones, la de Inglaterra y Francia; la de Alemania e Italia. Cede el orgulloso Imperio Británico a las sugerencias de Washington, y el jefe de su gobierno acude al Capitolio a rendir pleitesía a su Senado. «Reconocen al León las demás fieras—dice Gracián—en presagio de naturaleza y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas.» Se abren los vientres los marinos japoneses porque en la conferencia de Londres se atenuaron los rayos del sol naciente. Se imponen los magnates de Cinelandia a la industria francesa y la policía aduanera se entromete en negocios de la casa ajena. El empingorotado Señor de las camisas negras se destaca en presencia del Tío Sam, y los alemanes ofrecen a sus súbditos la más gentil de las acogidas.

Si el capital saxo-americano dicta sus leyes a la industria del culto Occidente, ¿cómo podrán escapar a la interdepen-